

La guerra contra las mujeres y las nuevas formas de acumulación capitalista



Silvia Federici



**La guerra contra
las mujeres
y las nuevas formas
de acumulación
capitalista**

Silvia Federici

Primera edición: 2019

La guerra contra las mujeres y las nuevas formas de acumulación capitalista

**Cátedra Interinstitucional
Universidad de Guadalajara-CIESAS-Jorge Alonso**

D.R. © 2019 Silvia Federici

D.R. © 2019 Cátedra Jorge Alonso

Calle España 1359 / C.P. 44190

e-mail: occte@ciesas.edu.mx

La presente publicación cuenta con una lectura de pertinencia avalada por el Comité Editorial de la Cátedra Jorge Alonso, que garantiza su calidad y relevancia académica. El responsable técnico de esta publicación es Jorge Alonso Sánchez.

Diseño de la colección, portada y diagramación de interiores: Postof

Corrección: Eliana Villanueva

Coordinación editorial general: Jorge Alonso

ISBN: 978-607-8696-09-3

Hecho en México

Made in Mexico

Índice

Presentación

Jorge Alonso

7

La guerra contra las mujeres y las nuevas formas de acumulación capitalista

Silvia Federici

15

Presentación

Jorge Alonso

En el contexto de la preparación de una huelga de mujeres que se realizará en varios países el 8 de marzo de este año, nos complace y agradecemos la presencia de Silvia Federici en estas tierras. Uno de los objetivos de la huelga es que en la esfera doméstica los hombres asuman las tareas del hogar y de cuidados que hacen las mujeres para que valoren esta vital labor.

Desde hace muchos años Silvia Federici ha destacado la importancia de esas indispensables e invisibilizadas tareas. Ella, con una penetrante mirada femenina, nos ha ayudado a comprender mejor el capitalismo y ha abierto veredas para una lucha anticapitalista más compleja y antipatriarcal. Nació en Italia, cuando arreciaba la Segunda Guerra Mundial. Su infancia y adolescencia transcurrieron en el ambiente de la Guerra Fría en una sociedad italiana marcada por el fascismo, un catolicismo anticomunista y una férrea estructura patriarcal, situaciones de las cuales se tuvo que defender.

En el contexto de la lucha antirracial estadounidense y del impulso de la liberación femenina en los años 1960 se fue a Estados Unidos para estudiar filosofía en la Universidad de Buffalo. A finales de esa década participó en cuatro importantes movimientos que se entrelazaban: el estudiantil, el de los derechos civiles, el pacifista y el feminista. Desde el principio ha sido una feminista atípica, pues

se nutría de las corrientes teóricas de la autonomía obrera italiana, del pensamiento anticolonial y de su propia y continua creatividad.

A principios de los años 70 se involucró en el Colectivo Feminista Internacional que impulsó la Campaña de Salario para el Trabajo Doméstico. En la década de los ochenta vivió y enseñó en África. Ha sido también una académica que ha emprendido investigaciones muy originales y que ha escrito una gran cantidad de obras, algunas de las cuales han sido traducidas a muchos idiomas. Entre sus temáticas se encuentran la construcción del concepto de civilización occidental y sus otros; el ajuste estructural y la lucha por la educación en África; imágenes literarias, cambio político y lucha social en África contemporánea; el feminismo y el movimiento contra la guerra estadounidense, etc.

Destaca, por una parte, el libro *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria* y, por otra, *Revolución en punto cero: trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Ha sido docente en varias universidades estadounidenses y en la actualidad es profesora emérita y titular senior en la neoyorkina Universidad Hofstra. Mantiene una cercana relación con Latinoamérica.

Cualquier intento de hacer un resumen de sus aportes al conocimiento se rompe por la riqueza y complejidad de sus planteamientos. Lo que sigue son acercamientos a algunos puntos destacables.

Silvia Federici ha sido relevante en la comprensión del capitalismo y en el impulso a la lucha anticapitalista. Al reconstruir históricamente la caza de brujas y lo que implicó, hizo ver cómo ese proceso reforzó el orden patriarcal, pues los cuerpos de las mujeres y sus poderes reproductivos fueron puestos bajo controles estatales y transformados en recursos económicos, en una sistemática eliminación de formas generalizadas de

comportamiento femenino que se estigmatizaron para someter a las mujeres.

Para Federici la caza de brujas es un elemento fundacional del capitalismo que implicó el sometimiento de la mujer para convertirla en sumisa y domesticada. Su investigación permitió que se tuviera una mirada más completa sobre la acumulación primitiva del capital, pues ha demostrado que se trata de un proceso permanente de la misma acumulación. No solo hubo despojo de tierras y sus cercamientos para producir mano de obra, sino la caza de brujas expropió los cuerpos de las mujeres y los acotó para que produjeran la mano de obra.

Silvia Federici se ha opuesto a que género y raza se disocien de la clase; y colocándose desde una perspectiva de género, permite profundizar en la génesis y desarrollo del capitalismo. Preciso que el racismo se ha utilizado para naturalizar una forma de explotación más intensa; ha dado cuenta del surgimiento de una división del trabajo social específicamente capitalista; expuso cómo el trabajo reproductivo y de cuidados que hacen gratis las mujeres es la base sobre la que se sostiene el capitalismo. Destacó la centralidad del trabajo reproductivo para la acumulación de capital.

Las investigaciones de Federici muestran que la caza de brujas, la trata de esclavos y la conquista de América fueron elementos para el nacimiento y fortalecimiento del sistema capitalista. En este sistema hay una guerra contra las formas de vida, que coloca a las mujeres como su principal objetivo.

Silvia Federici demuestra que las relaciones familiares y sexuales se han convertido en relaciones de producción. El capitalismo, al tratar el trabajo doméstico como trabajo no remunerado, consigue grandes beneficios y se esfuerza por

devaluar el trabajo reproductivo. La campaña que ha hecho Silvia Federici en torno al salario para el trabajo doméstico intenta visibilizar que se trata de un trabajo clave para el sostenimiento del sistema capitalista.

La lucha por los salarios para el trabajo doméstico era, simultáneamente, contra ese mismo trabajo doméstico que las mujeres han padecido como su lugar y misión natural. Dicho trabajo no es algo inherente a ser mujer, ni un residuo precapitalista, sino una forma específica de relación social construida por el capitalismo, el cual dio origen a la figura de ama de casa. Por eso, el trabajo doméstico se enseñaba no solo en la casa, sino que hubo escuelas para desarrollarlo según las reglas del capitalismo. La lucha por salarios para el trabajo doméstico implicaba también la exigencia del tiempo libre que requieren las personas que los llevan a cabo.

Silvia Federici apunta que antes de la Revolución Industrial, y dentro de ella, las mujeres desempeñaron diferentes trabajos en la agricultura, comercio, servicios, así como el trabajo doméstico, actividades que se fueron naturalizando para ellas en la sociedad y que tenían que ver con lo que hacían en la casa: enfermeras, nodrizas, lavanderas, cocineras, etc. Aunque después eso se fue ampliando a otras tareas, las jerarquías sexuales heredadas pasaron al trabajo fabril, y se condenó a las mujeres a dos trabajos, el de fuera de casa y a seguir llevando el de la casa, lo cual repercute en que tenga menos tiempo para participar en movimientos políticos y luchar.

No pierde de vista Silvia Federici a los que glorificaban el trabajo doméstico para excluir a las mujeres del trabajo fuera de casa. Al principio algunos sectores del movimiento feminista creyeron que el trabajo asalariado de las mujeres fuera del hogar

tendría un potencial emancipador, y se han ido dando cuenta de que eso ha sido una ilusión. Hay mujeres que tienen que compaginar dos o tres trabajos y viven consumidas por una diversidad laboral. Recordando que muchos movimientos se han generado fuera del mundo laboral, ha resaltado que existe un poder que reside en la comunidad. Aun las luchas por mejorar el trabajo asalariado no tienen éxito si no cuentan con el apoyo de la comunidad.

Federici ha advertido que las mujeres no pueden reducir la independencia de su cuerpo solo a un tema como el aborto, porque su lucha no debería ser elegir cuándo parir o no, sino por cambiar las maternidades y pensar la reproducción de la vida como tarea comunitaria, social, territorial y de sistema de producción. En cuanto al trabajo sexual ha dicho que le apena que eso haya producido una división dentro del feminismo, y recuerda que el feminismo fue el movimiento que permitió a las trabajadoras sexuales organizarse. Hilando fino, dice que hay mujeres que han tenido que vender su cuerpo en matrimonio para tener posibilidad de subsistencia. Plantea que prefiere no preguntarle a la mujer qué tipo de explotación ha podido tolerar, sino cómo luchar para ampliar las posibilidades de las mujeres; y recalca que ella no quiere ser igual a un hombre explotado, sino luchar por no ser explotada y que nadie lo sea. Por otra parte, la igualdad ha sido un producto de la lucha de las mujeres.

El capitalismo ha reglamentado la sexualidad para que no interfiera con lo laboral. Silvia Federici ha realizado agudas críticas al Estado y a la Iglesia, que se han dedicado a intentar controlar la capacidad reproductiva de las mujeres y su sexualidad. Al Estado lo analiza como representante del capital colectivo. La Iglesia teme a las mujeres y ha procurado humillarlas y atacarlas. En cuanto al papel de organizaciones como la Organización de las Naciones

Unidas (ONU), ha criticado que sus políticas feministas han tratado de promover el neoliberalismo y contrarrestar el potencial subversivo del movimiento de mujeres.

Silvia Federici ha analizado cómo la globalización de la economía mundial ha destruido los sistemas de reproducción de países de todo el mundo, y ha constatado que las mujeres han tenido que migrar para mejorar sus condiciones de vida. En la actual etapa del capitalismo han aumentado las privatizaciones de todo lo que era común y se ha intentado la apropiación y mercantilización total del cuerpo y del conocimiento; se han privatizado la tierra, el agua y el aire, las semillas, el código genético; se han intensificado los despojos y la violencia con la militarización de la vida cotidiana. En esa dinámica se propicia que campesinos luchen entre sí, mientras se realiza un enorme saqueo de los medios básicos de subsistencia. Hay destrucción de formas de organización y de lazos de solidaridad, pero existen resistencias y búsquedas de alternativas.

Silvia Federici destaca que son las mujeres las que más han invertido en la defensa de los recursos comunes y en la construcción de formas de cooperación; sus posiciones conducen al ecofeminismo. Invita a considerar la casa, la familia y el territorio para poner esto en el centro de la política de lo común; estudia las alternativas para una economía feminista emancipatoria en la creación de formas de producción de resistencia frente al capitalismo depredador; critica la precarización total no solo del trabajo, sino de la vida; convoca a imaginar otras formas de pensar el futuro que no sea lo que dicta el mercado; propone una política de lo común con personas interrelacionadas que habitan un ambiente del cual dependen.

En este contexto, apunta a las formas de autonomía, a las luchas de manera autónoma. El tema de los comunes es cómo crear

un mundo sin explotación, igualitario, donde millones de personas no se mueran de hambre en medio del consumo obsceno de unos pocos, donde el medio ambiente no sea destruido.

Federici habla de crear un mundo nuevo y considera que para eso la lucha tiene que articularse en muchos niveles. Se necesita una lucha masiva para la creación de los comunes, que son una forma de generar nuevas formas de cooperación en todos los ámbitos sociales. Critica las formas peligrosas de la apelación de lo común como lo hace el capitalismo actual, por medio del Banco Mundial, que declara común a territorios para expulsar a poblaciones indígenas de sus tierras, autoproclamándose protector de los espacios, pero para ponerles precio. Piensa en los comunes como una forma de relacionarse con la vida cotidiana y como una lucha. Ve en los comunes un tipo de relaciones diferentes, relaciones de solidaridad y cooperación en trabajo colectivo, una forma política de apropiación de nuestra capacidad de decidir juntos. En esa visión se hermana con los planteamientos de las zapatistas, quienes estos días se están preparando para realizar el primer Encuentro Internacional, Político, Artístico, Deportivo y Cultural de Mujeres que Luchan.

La guerra contra las mujeres y las nuevas formas de acumulación capitalista

Silvia Federici*

Es un honor para mí estar aquí. Me han dicho que muchos años atrás Salvador Allende ha hecho en esta sala un discurso histórico, entonces es emocionante para mí estar en este lugar. Es emocionante ver esta sala, que es la prueba de que hay un movimiento, y no solo de mujeres, porque veo a muchos hombres, lo que también confirma que algo está cambiando. Es para mí particularmente importante estar aquí estos días en que en todo el mundo se están preparando para el 8 de marzo, que será un día de protesta contra la violencia hacia las mujeres, y más, contra las niñas, los niños, los hombres, contra la violencia de esta sociedad capitalista que se ha fundado sobre el despojo, el desplazamiento y la guerra desde sus primeros días de desarrollo. Es un placer poder dar mi pequeña contribución a la preparación de ese día de lucha.

Es necesario poner a la violencia que el capitalismo ha desplegado y continúa desplegando contra las mujeres en un

* Conferencia impartida en la Cátedra Jorge Alonso el 2 marzo de 2018 en Auditorio Salvador Allende, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades (Cucsh), Universidad de Guadalajara. Transcrita por Carmen Díaz.

contexto histórico que vaya más allá del presente. Quiero subrayar que cuando hablamos de violencia contra las mujeres no es porque pensamos que las mujeres son los únicos sujetos que han sido subyugados. El capitalismo es violento contra todos los que quiere explotar. Pero necesitamos comprender las diferentes formas de violencia, correspondientes a las diferentes formas de explotación, para poder luchar más eficazmente contra ellas. En este sentido privilegamos el tema de la violencia contra las mujeres.

En *Calibán y la Bruja* he subrayado que la historia del capitalismo empieza con una verdadera guerra contra las mujeres, la caza de brujas. Recuperar esa historia nos permite contextualizar lo que pasa hoy, porque hay una continuidad entre la violencia que el capitalismo ha desplegado en su primera fase de desarrollo y la violencia contra las mujeres de la cual somos testigos. Con la persecución, el Estado se ha apropiado del cuerpo de las mujeres y lo ha transformado en una máquina para reproducir fuerza de trabajo.

En las plantaciones del sur de los Estados Unidos, las mujeres esclavizadas estuvieron sujetas no solo a la violencia de la cual todos los esclavos eran sujetos, sino también al abuso sexual, sistemático, organizado, sobre todo a partir del principio del siglo XIX, cuando en Virginia se ha creado una verdadera industria por la crianza de esclavos. Era más barato obligar a las esclavas a parir niñas y niños destinados al mercado de los esclavos que importarlos del África.

Por otro lado, después del fin de la esclavitud, muchas mujeres afrodescendientes fueron esterilizadas. Así podemos ver la continuidad con lo que pasa hoy en materia de política demográfica, porque el capitalismo nos niega el aborto, pero esteriliza a las personas que no quiere que se reproduzcan. A las

tantas formas de violencia brutal contra las mujeres debemos también agregar el uso de la lobotomía, práctica de la cual poco se habla. Todavía en los años cincuenta, miles de mujeres en Europa y en los Estados Unidos fueron lobotomizadas, como “terapia” contra la depresión y contra el rechazo del trabajo doméstico. Se ha usado la lobotomía para disciplinar mujeres deprimidas, que no querían limpiar o cocinar o cuidar de su apariencia. La justificación fue que la lobotomía es perfecta para las mujeres, porque el trabajo doméstico no necesita inteligencia, sabiduría. No se ha usado la lobotomía para los hombres, solo en casos limitados, porque ellos debían manejar instrumentos, maquinaria industrial. A la vez, se opinó que para las mujeres en la casa era la solución perfecta, porque las mujeres no necesitan pensar.

La violencia contra las mujeres no se acabó después del fin de la caza de brujas y de la esclavitud. No debemos olvidar que la organización misma de la familia nuclear de la clase trabajadora ha sido construida en una forma en la que la violencia está siempre potencialmente presente. En los Estados Unidos se dice que cada dos o tres minutos una mujer es golpeada en su familia, por su pareja, por su marido, su padre, su hermano. La familia, que debería ser un refugio para las mujeres, ha sido un lugar de violencia. Es importante ver por qué, ir a las raíces sistemáticas de esta violencia, si no es así no podemos comprender qué debemos hacer.

Esa violencia existe porque la familia tradicionalmente une dos personas con poderes desiguales, en una relación de dependencia, en la cual se espera que la mujer dará servicios físicos, emocionales y sexuales a los varones para reproducirlos. En esa familia, la mujer no tiene poder decisonal, porque no tiene poder económico, es una *dependiente*. Así el marido la puede controlar y puede determinar lo que debe hacer.

En los años setenta hicimos un análisis importante de cómo funciona el salario en la organización de la familia nuclear. El salario es un instrumento político a través del cual el capitalismo ha organizado a la familia y a la sociedad. A través de la diferencia entre salario y no-salario el capitalismo ha organizado jerarquías raciales, de género; ha delegado a los hombres el poder de supervisar, controlar el trabajo doméstico de las mujeres. Así que el marido, con el poder del salario, funciona como representante del Estado en la casa. Es el Estado en la casa, en la cocina, en la cama. Por eso siempre, hasta la movilización de las mujeres en los años setenta, la violencia doméstica no ha sido considerada un crimen, ha sido tolerada por la ley y por el Estado.

Hemos visto que en realidad la violencia doméstica es una parte estructural del trabajo doméstico, porque ¿cómo se puede imponer a la mujer todo este trabajo doméstico no pagado? Limpiar, cocinar, criar a los niños y por la noche, cuando él lo quiere, estar lista a tener sexo también. En muchos casos, la violencia doméstica es una consecuencia del rechazo de las mujeres al trabajo doméstico. Cuando las mujeres dicen “no, basta, no voy a limpiar, no voy a cocinar”, “basta, no quiero sexo, estoy cansada”, la respuesta muchas veces son golpes. En ese caso no se dice que es una mujer en huelga, porque no se ve este trabajo como trabajo.

También hemos teorizado que la violación es parte de la disciplina doméstica de las mujeres. El Estado ha tolerado la violación imponiendo penas mínimas a los violadores, porque la violación también sirve para disciplinar a las mujeres con respecto a los espacios y tiempos legítimos para ellas, en los cuales pueden o no pueden estar. En la noche una mujer debe estar en su casa o fuera, pero con su marido o su papá. Todas las mujeres saben, desde que somos niñas, que si salen en la noche lo hacen bajo su

propio riesgo. Ninguno va a apoyarlas si algo les pasa. Esto ha sido la "normalidad" para las mujeres de mi generación. Desde que estábamos muy pequeñas nos han preparado a no esperar respeto por nuestro cuerpo. Nos han hecho comprender que nuestro cuerpo podría ser golpeado, humillado en cualquier momento. Siempre nos han dicho: "tú no puedes ir ahí, tú no eres un hombre", "tú no puedes salir después de las cinco de la tarde", "por la noche tú no puedes salir". Entonces hemos vivido una naturalización de la violencia contra nuestro cuerpo. Es porque no se puede imponer la disciplina del trabajo no pagado sin crear formas de subordinación que sean interiorizadas por las que son sometidas a estas.

Como en el caso de la violencia doméstica, se dice que la violación también es un problema individual, que se trata de pocos hombres, así puede ser tolerada. Y las mujeres que denuncian a la policía que han sido violadas muchas veces se transforman en acusadas. "¿Qué hacías fuera, sola, por la noche?". "¿Cómo estabas vestida?". "¿Qué has hecho que ha podido instigar la violación?". Todo esto ayuda a ver que en esta sociedad la violencia masculina contra las mujeres es una cosa sistémica, y que la violencia individual de los hombres, los maridos, los violadores, es continua con la violencia institucional. Es importante subrayarlo, porque hay una orquestación mediática para convencernos que, como los acosos sexuales, esta violencia es una consecuencia de la conducta moral perversa de algunos individuos.

Hoy, en los Estados Unidos hay un movimiento que se llama *Me Too* (Yo También), que empezó con algunas mujeres que trabajan en la industria del cine, en Hollywood, y que han denunciado a directores y productores, todos hombres con poder, que las han acosado sexualmente. En poco tiempo las denuncias se multiplicaron. Los medios hablan de abusos por hombres de

poder; no quieren ver que el acoso sexual es una consecuencia de cómo las relaciones entre hombres y mujeres son estructuradas en la sociedad capitalista, del hecho de que las mujeres dependen de los hombres económicamente. En la medida en que hay una desigualdad económica entre mujeres y hombres, la posibilidad de la violencia y del abuso sexual es continua, es estructural. El intercambio de servicios sexuales por apoyo económico es clásico en la relación entre hombres y mujeres. Yo te sustento económicamente y tú me pagas con tu cuerpo. Esa es la relación de las mujeres en la prostitución y también en el matrimonio. Como ha dicho una compañera, para la mujer su cuerpo es "un capital", es lo que siempre has negociado para buscar sustentarte.

En *Calibán y la Bruja* hablo del famoso pacto con el diablo, del cual las supuestas brujas eran acusadas. Ese pacto es para mí un símbolo de la relación matrimonial entre mujeres y hombres. El pacto empieza cuando la mujer, empobrecida y desesperada porque no tiene nada, comienza a lamentarse de su pobreza. El diablo se presenta y le dice: "desde este momento no te debes preocupar, si te conviertes en mi sirvienta, te voy a dar dinero y lo que quieres". Y él le da un poco de dinero. Se dice que el dinero pronto se convierte en semillas u hojas. Todavía esto es para mí un emblema de cómo se han construido las relaciones entre mujeres y hombres. Miles de mujeres han garantizado su supervivencia vendiéndose a los hombres de una forma u otra. Esa ha sido la situación tradicional, con algunas importantes excepciones. En los Estados Unidos, las mujeres de las comunidades afroamericanas no han podido depender económicamente de los hombres de sus comunidades, porque los hombres afrodescendientes nunca han tenido una relación segura con el salario, así que siempre sus esposas o sus hijas tenían que conseguir su sustento directamente, trabajando fuera de la casa. Por

eso, las mujeres de las comunidades afrodescendientes han sido más vulnerables a la violencia extradoméstica.

Fue con el movimiento feminista que se empezó a rechazar la naturalidad de la violencia masculina. Se ha impugnado el asunto de que en la familia no puede haber violación. Hasta los años ochenta no se podía denunciar la violación en la familia, porque era aceptado que cuando una mujer se casa el varón tiene derecho a un control absoluto sobre su cuerpo. Sin embargo, eso ha cambiado.

En 1976, en Bruselas tuvo lugar el primer tribunal internacional contra la violencia contra las mujeres, con la participación de más de dos mil mujeres. También, en los años setenta se empezaron a construir refugios para las víctimas de violencia. El límite de ese movimiento fue pensar que las soluciones podrían ser castigos más fuertes, más años de prisión para los culpables y creer que era posible colaborar con la policía para garantizar que los violadores, o los maridos que golpean, sean encarcelados.

Hemos visto que, en muchos casos, después de dos o tres días de que el hombre había sido encarcelado la mujer iba a la prisión a pedir que lo liberaran, porque tenía hijos y no tenía con qué sustentarse. Nos dimos cuenta de que la presencia de los recursos materiales es crucial, y que pedir al Estado (a la policía, las cortes, los tribunales) que nos protejan es un camino perverso, porque esas son las mismas instituciones que crean el problema de la violencia contra las mujeres. Hemos verificado también que los castigos más severos que varias feministas han pedido han servido para victimizar comunidades ya perseguidas, como las comunidades de migrantes o, en los Estados Unidos, las comunidades afrodescendientes.

En la actualidad, vivimos una situación de varias maneras diferente a la de los años setenta. A partir de los años ochenta muchísimas mujeres han salido de las casas para conseguir algunas formas de ganancia. Pero, en lugar de disminuir, en esas tres décadas la violencia contra las mujeres ha continuado aumentando numérica y cualitativamente. El número de las mujeres violentadas, matadas o torturadas ha aumentado y también hemos visto un aumento de la brutalidad en el tratamiento de las mujeres. Hoy no se mata solo a la mujer, en muchos casos se tortura y se deja el cuerpo en la calle, en la plaza, como ha pasado muchas veces en Ciudad Juárez y en otras ciudades fronterizas entre México y los Estados Unidos. ¿Cómo explicar esos fenómenos? Varias compañeras a nivel internacional, como por ejemplo Rita Segato, han trabajado sobre esta cuestión. Necesitamos comprender sus raíces, hacer mapas, análisis para comprender cuáles son los mecanismos, las fuerzas sociales y las situaciones específicas que impulsan esa violencia.

Como ha subrayado Jorge Alonso, estamos viviendo en una nueva fase del capitalismo de acumulación originaria. Acumulación originaria es el término que Marx usa en el primer volumen de *El Capital* para indicar el proceso que ha portado al desarrollo del capitalismo, creando las condiciones de su existencia. Marx dice que para que el capitalismo pudiera desarrollarse necesitaba la expropiación en masa de los campesinos de sus tierras, para que pudieran convertirse en personas sin nada sino su fuerza de trabajo. En otras palabras, el despojo ha sido una condición fundamental para el desarrollo del capitalismo. La socióloga feminista mexicana Mina Lorena Navarro habla de un "despojo múltiple": despojo de tierra, agua, bosques y, sobre todo, despojo del poder decisonal. Una población que no tiene nada más que su fuerza de trabajo es vulnerable a cualquier forma de explotación.

Pero, ¿por qué después de 500 años de explotación el capitalismo sigue utilizando esas medidas tan destructivas? La respuesta es que el capitalismo recurre a tanta violencia porque está viviendo una crisis histórica. En los años sesenta hubo un conjunto de luchas (lucha anticolonial, de los trabajadores industriales, estudiantil, contra la guerra en Vietnam y, después, el movimiento feminista, la lucha por los derechos civiles y contra el *apartheid* en los Estados Unidos y en Sudáfrica). Fueron años de intensa crisis capitalista. Y, como siempre en su historia, los capitalistas han respondido con sus armas tradicionales: guerra y expropiación de masas, que han mandado al mercado del trabajo internacional a millones de nuevos trabajadores. El “neoliberalismo” y la “globalización” son procesos de desplazamiento de millones de personas, con el objetivo de cancelar los efectos de la lucha anticolonial, lo que ha impactado en la situación de las mujeres.

La socióloga activista, feminista, brasileña, Rita Segato, ha escrito que mucha violencia que se despliega contra las mujeres es una consecuencia de ese proceso de despojo, de desplazamiento. Ella dice que matar a las mujeres es la forma más eficaz para aterrorizar a la población y desplazarla. Las mujeres son el símbolo de la vida, de la reproducción, son las que mantienen junta a la sociedad y la comunidad. Matarlas es decir a toda la gente: “no intenten resistir porque nosotros no tenemos límites”. Segato habla de “pedagogía de la crueldad”, interpreta esa violencia de los paramilitares, de los narcotraficantes, como una lección direccionada a toda la población.

Por otro lado, la violencia es una respuesta al hecho de que en tantas comunidades son las mujeres quienes hoy encabezan la lucha contra el extractivismo, porque son las mujeres que quedan

en el campo cuando los hombres migran, y también ellas son conscientes de que cuando se contaminan el agua, los bosques, los cultivos, no hay futuro para la comunidad. Los salarios que algunos jóvenes pueden ganar a través de la obra extractivista son una ilusión. Son salarios que se pagan con un precio muy alto: la destrucción de su comunidad, de su cultura, del futuro de los jóvenes. Hoy las mujeres no son solo víctimas, al contrario, son protagonistas de la lucha por la defensa de los bienes comunes y por eso sufren tanta violencia.

Hay algo más que me parece importante. El capitalismo se da cuenta que hoy, a nivel mundial, la gente es consciente de que este sistema social no garantiza nuestra vida. Saben que si no usan bombas nucleares, pistolas, asesinos, no pueden imponer una vida tan miserable como la vida a la cual han condenado a millones de personas. Cada vez más el capitalismo acumula su riqueza con medidas ilegales: el tráfico de las drogas, de las armas, de las personas. Esas actividades ilegales necesitan nuevos armamentos, nuevos ejércitos. En la actualidad, por ejemplo, todas las compañías petroleras y mineras tienen sus ejércitos. Hay una multiplicación de las guardias de seguridad.

La vida cotidiana se está militarizando, porque crece la resistencia y el capitalismo, y éste depende de la guerra, de los ejércitos. Eso crea familiaridad con la violencia y lanza un modelo de masculinidad muy agresivo, que se puede ver en los medios, en el cine. Son imágenes de hombres completamente armados, militarizados (hombres-soldados y con un inmenso poder destructivo); y por desgracia, en la actualidad, también imágenes de mujeres armadas.

También pasa que, frente a la crisis de la producción, de los salarios masculinos, de los recursos, muchas mujeres hoy deben

ir a trabajar a lugares donde son más vulnerables a la violencia. Antes eran vulnerables a la violencia del papá, del marido, del hermano. Hoy van a vender a la calle, migran, cruzan las fronteras; son vulnerables a la violencia de las guardias fronterizas, de los coyotes que la ayudan a cruzar, de los clientes que encuentran en la calle como trabajadoras del sexo.

La violencia sirve también para bloquear los esfuerzos de organización laboral. Ese es el caso de Ciudad Juárez donde, desde los años noventa, más de cuatrocientas mujeres jóvenes, que en su mayoría trabajaban en la maquila, han sido matadas. La maquila es una nueva forma de esclavitud. En estos lugares, las mujeres, siempre muy jóvenes, muchas veces trabajan con las puertas cerradas. No les permiten salir hasta que han terminado su "cuota" de trabajo, así que a veces salen a la medianoche. En los años ochenta hubo esfuerzos para organizarse, para poner límites a su explotación. Pero hoy toda la energía de las mujeres, de las familias y de los amigos es consumida en el esfuerzo por recuperar los cuerpos de las mujeres que han sido asesinadas, de buscar pruebas, identificar a los culpables, lo que es muy difícil y peligroso en una situación de total impunidad.

Además, en África y en India se está verificando una nueva caza de brujas. Miles de mujeres son asesinadas acusadas de ser brujas. En el norte de Ghana hay campos de concentración donde mujeres acusadas de ser brujas se refugian, porque en su pueblo las van a matar. Está también el fenómeno de los niños que son acusados de ser poseídos por el demonio. Son fenómenos asociados con el siglo XVI y XVII. Nunca, cuando escribía *Calibán y la Bruja*, podía pensar que en mi vida volvería a escuchar historias de mujeres quemadas vivas o enterradas vivas por ser brujas. Sin entrar en los detalles, parece que una fuerte responsabilidad por estos crímenes la tienen muchas sectas cristianas fundamentalistas, que desde

los años ochenta se han propagado en tantas partes del mundo, difundiendo una religión perversa que dice que si tú no eres rica es tu culpa o es porque hay personas que están conspirando en contra de ti.

Desde los años ochenta hasta el presente, al lado del proceso de globalización, esas sectas, financiadas por organizaciones de la derecha en los Estados Unidos, se han aprovechado de la desintegración económica y social de las comunidades, frente al "ajuste estructural", al desempleo, a la privatización de las tierras, para intervenir con su campaña ideológica y sembrar sospechas que contribuyen a destruir la solidaridad y profundizar los conflictos.

Por último, es importante ver esa violencia no solo como una violencia individual, sino como una institucional. Violencia no es solo el cuchillo, la pistola que te mata, sino es también la violencia de la ley que destruye tu forma de supervivencia. La violencia no es solo la física, la de las armas, es también la violencia de las medidas económicas, y no se puede separar la violencia individual de la violencia institucional. Si la violencia individual existe es porque hay impunidad. Por ejemplo, en Estados Unidos la policía mata a jóvenes afrodescendientes en la calle, también cuando no están armados y en condiciones en las que no se pueden defender, pero son declarados inocentes. Siempre pienso en Fanon cuando él trabajaba en Argelia durante el tiempo de la lucha anticolonial. Él podía ver que los franceses que torturaban a los argelinos eran violentos con sus familias. Lo mismo pasa hoy con esta militarización de la vida. La violencia institucional se comunica, se perpetúa en todos los lugares de la vida familiar. En muchísimos casos los que matan a las mujeres, en la casa y fuera, son guardias, policías, veteranos de las muchísimas guerras

que Estados Unidos, directa o indirectamente, está haciendo en varias partes del mundo.

¿Qué hacer? En primer lugar, como decía antes, hay que reconocer que esperar protección del Estado, de la ley o de la policía, es una cosa absurda. Hoy en varios movimientos se habla de justicia restaurativa, inspirándose mucho en lo que hacen los pueblos indígenas en América Latina, donde se intenta recuperar a las personas que cometen actos en contra de la sociedad.

Muchas veces, quienes cometen actos de violencia han sido ellos mismos víctimas de violencia. En estos años, en varias comunidades se han creado sistemas de alarma, así que las mujeres se pueden advertir cuando están en peligro. Hay también marchas por la noche para recuperar y afirmar nuestro derecho a estar en las calles; hay programas, clases de autodefensa. Todavía hay un consenso que para terminar esta violencia es necesario fortalecer el tejido social, fortalecer las relaciones entre las mujeres, crear formas de cooperación en la vida cotidiana, porque compartiendo nuestra vida unas con las otras podemos comunicar los problemas que tenemos y ayudarnos recíprocamente. Podemos comunicar los peligros en los que estamos, compartir nuestra vida cotidiana, crear sociedades que están más listas a resistir y a transformar las relaciones sociales de manera que disminuya esta violencia.

No son las penas más severas las que nos van a proteger, ni las prácticas de autodefensa, aunque esas son importantes porque nos dan confianza en nuestro cuerpo. Todavía, la solución a largo plazo es un cambio en las relaciones sociales de la cotidianidad, es crear formas más colaborativas de reproducción social que nos permitan fortalecer nuestra capacidad de autodefensa. Necesitamos también valorizar la reproducción social, porque la violencia contra las mujeres se alimenta del desprecio que tantos

hombres tienen por ese trabajo, porque es considerado como un trabajo "natural" que no necesita alguna capacidad particular y no produce nada, así que parece que es solo el varón quien sustenta a la familia. Esta desvalorización de la reproducción y de las mujeres es en realidad la desvalorización de nuestra vida. Cuando se desvalorizan las actividades y las personas que nos reproducen se desvaloriza la vida. Esa es la esencia del capitalismo.

Luchemos para defender nuestro cuerpo, nuestra vida, para poder vivir nuestra sexualidad y capacidad reproductiva sin miedo, pero debemos comprometernos a poner fin no solo a la violencia contra nuestros cuerpos, sino a la violencia contra la infancia. Si la violencia doméstica no debe ser tolerada, tampoco se debe tolerar la violencia contra las niñas y los niños, que es la violencia más naturalizada que hay en el planeta.

La guerra contra las mujeres y las nuevas formas de acumulación capitalista

Silvia Federici

Se terminó en noviembre de 2019
en Grafisma editores S.A. de C.V.
Jaime Nunó 670 / Colonia Santa Teresita, Guadalajara, Jalisco.
El cuidado de la edición estuvo a cargo de los editores.